

ta grandeza? ¿con qué rostro aceptó su próspera fortuna? ¿estaba alegre? ¿perdió su habitual ceño? ¿concibió una afición filial y súbita por el anciano que le adoptó, y que se convertía en su padre según la ley? Niño aún, se le llamaba el "viejecito," ¿al fin de su madurez hará el papel de hijo sumiso y respetuoso. Sí, en verdad; pero con un estoicismo sin placer, y una desconfianza mezclada de terror, porque la experiencia de lo pasado estaba delante de sus ojos como una continua amenaza. Abandona el Esquilino para entrar al Senado y a la casa del Palatino, con la misma indiferencia de que hizo alarde al partir de Rodas, y cuando de allí volvió ¿creció su orgullo? nadie lo vió; ¿oculta algunos rencores? más tarde se comprenderá; ¿atestiguaba a los hombres el desprecio que merecían? calló, nada decía, y obraba. Y nadie se ha atrevido a decir que deseaba el poder que tan de improviso alcanzó por el crimen de su madre, porque sabía que la servidumbre de Augusto era la más dura e inflexible de las servidumbres. Sus sentimientos fueron impenetrables, por que la disimulación era su refugio y la hipocresía su salud, y sólo dejó ver una gran energía exterior y la resolución de profesar para con Augusto una obediencia pasiva. Esa obediencia pasiva, es, señores, la mejor explicación de sus actos posteriores; se mostró dócil, exacto y tan cándidamente sumiso como un joven de quince años; no quiso usar de ningún derecho, hacer ninguna donación; ni emancipar ningún esclavo sin la autorización de Augusto. Si un "nuevo" amigo le mencionaba en su testamento, aceptaba el legado sólo a título de "peculio" (tal era el nombre que se daba a las economías de un esclavo); de modo que el descendiente de la orgullosa familia Claudia, se colocó en la dependencia legal y sufrió la adopción con humildad: en todas circunstancias hizo ver a Augusto, no una ternura que su fisonomía austera y poco móvil no logra-

ba fingir, sino una abdicación filial y una complacencia servil.

Al mismo tiempo fué el más activo, el más útil y el más celoso de los servidores; era infatigable y su cuerpo parecía de fierro. Agripa, ese tipo del funcionario imperial, fué su modelo; si carecía de sus grandes cualidades, tenía mayor resistencia para el servicio de Augusto: volaba de roma a las fronteras y de las fronteras a Roma, ni discutía ni hablaba, porque aprendió en Oriente la fórmula consagrada que es un principio para los potentados asiáticos: "Oír es obedecer." La actividad fué para él la única compensación de su abatimiento: llenaba su vida, se convirtió en una necesidad, y le apartaba por el alejamiento y los viajes, del contacto más duro y más inmediato al yugo.

Inútil es referir sus campañas contra los Germanos, su expedición a Elba, la guerra con los Marcomanos, la sumisión de los Panonios y de los Dalmatas: según su propio testimonio, recogido por Tácito, "nueve" veces hizo el viaje de Roma al Rhin. Después de la derrota de Varus, volvió para levantar la moral del ejército, contener a los vencedores, y restablecer la disciplina entre los vecinos, y entonces también, cuando por primera vez, y por un nuevo acto de humildad o por desconfianza, formó un consejo de guerra, sin el cual no tomaba ni ejecutaba ninguna resolución. Tanta modestia en cantaba a Augusto y le tranquilizaba, así es que a su vuelta, pudo Tiberio celebrar el triunfo que le había sido concedido por el Emperador, y que había retardado el desastre de Vanes.

Montado sobre un carro magnífico a la cabeza de sus soldados, llegó a la puerta triunfal donde lo esperaba su padre, sentado con el senado entero. Tiberio, que tenía entonces cincuenta y cuatro o cincuenta y cinco años, descendió del carro ante Augusto y abrazó sus rodillas como si fueran las de una divinidad. El Empera-

dor se conmovió hasta el fondo de su alma de una señal tan pública de envilecimiento, y Livia que sin duda la aconsejó, hizo immortalizar su recuerdo por un monumento que ha llegado hasta nosotros. Es un camafeo que por su tamaño material, es el segundo entre los conocidos, y su asunto es el triunfo de Tiberio.

Cómo llegó este objeto precioso a las manos de los caballeros de San Juan de Jerusalén, se ignora; pero ellos lo regalaron a Felipe el Hermoso, que a su vez lo dió a los religiosos de la comunidad de Poissy. En las guerras de religión, Poissy fué saqueado y el camafeo desapareció. Más tarde fué vendido por un mercader a Rodolfo II en doce mil escudos de oro (350 000 francos). Así quedó ese camafeo en el museo de Viena; es más pequeño que el de la Santa Capilla, tiene 19 centímetros de altura sobre 23 de anchura; es una sardónica de dos capas.

El artista que la talló la dividió en dos zonas, la superior más considerable, representa a Augusto sentado sobre un trono, con el dorso desnudo como Júpiter, y el manto sobre las rodillas: tiene en la mano derecha el bastón augural, símbolo del gran pontificado, y en la izquierda el cetro. Abajo de su asiento está el águila, imagen de la omnipotencia, y a la que se llama reina de las aves, sin duda porque a todas indistintamente las devora; sobre su cabeza, en un círculo, brilla el signo de "Capricornio" bajo el cual nació. A la edad de dieciocho años, cuando hacía sus estudios con Agripa en Apolonia, quedó sorprendido del horóscopo que hizo el astrólogo Diógenes, que desde que descubrió la posición del astro que presidió su nacimiento, se arrojó a sus pies adorándolo como a un dios. Después de Augusto, la diosa Roma (Roma personificada) se reconoce por su casco, está sentada y huella con los pies armas y escudos, detrás del trono Neptuno y Cibeles

coronan a Augusto, igualmente victorioso en tierra y mar.

Delante del grupo descrito se ve un carro, cuyos caballos detiene una Victoria alada: del carro descende un personaje cuya figura aunque modelada sobre muy pequeña escala, manifiesta un sentimiento de veneración, de terror religioso, es Tiberio que contempla a Augusto con un temor respetuoso, Tiberio que descende de su carro para arrojarse a los pies de Augusto. En la zona inferior están sentados cautivos bárbaros, inclinados y con las manos atadas, mientras que los soldados romanos levantan un trofeo.

Tal es el memorable camafeo que se encuentra en Viena: y que recuerda una de las escenas más dulces y agradables de la ancianidad de Augusto, cuando vió a Tiberio, cuyo carácter sombrío y triste orgullo había odiado siempre, humillarse en el momento del triunfo, y renunciar su gloria, para colocarla a sus pies. Si Livia no hizo grabar este monumento, ella dió sin duda la idea, y debe suponerse que ella es la que está colocada detrás de la escena.

A los ojos de los cortesanos, las conveniencias oficiales se habían llenado debidamente. No podía imaginar se un padre más feliz, ni un hijo más sumiso; pero los romanos sabían que estas bellas demostraciones no eran más que un juego. Vosotros mismos, señores, ¿creéis que dos hombres tales como Augusto al terminar su carrera y Tiberio en su madurez, hubieran concebido tan súbito cariño el uno por el otro, olvidando la aversión secreta que había llenado toda su vida? Que Augusto por interés, por egoísmo y por la influencia de Livia, hubiese considerado a Tiberio, cuando lo necesitaba; que lo aceptara cuando no le quedaba otro a quien elegir, son prácticas ordinarias de la política; que Tiberio no hubiera tenido para con Augusto y bajo la inspiración de Livia, más que una obediencia pasiva, un celo

de funcionario, que fuera silencioso, respetuoso, servil, siempre pronto, siempre en acción, tanto más satisfecho cuanto más lejos estaba de Roma y de Augusto. También se concibe fácilmente; pero la ternura hipócrita de estas dos naturalezas repulsivas, no eran más que un velo, con que no se ha engañado a la posteridad, y del que tienen derecho de reír las gentes honradas.

Y de esto poseemos documentos y pruebas; los hechos tienen su elocuencia, y la historia es indiscreta algunas veces. Los archivos imperiales del Palatino, no han desaparecido del todo, algunos restos han llegado hasta nosotros.

Tiberio durante su larga expedición escribía a Augusto, y éste le contestaba. Se conservan muchos fragmentos de tales cartas. Tiberio tuvo ese mismo cuidado, porque esas cartas las más afectuosas, las más exigentes, las más lisonjeras para Tiberio, debían confundir a los que se atrevían a manifestar que reinaba contra la voluntad de Augusto ("invito Augusto") y por solo la influencia de Livia. Esas cartas eran difíciles de descifrar: Augusto no separaba las palabras; cuando llegaba al fin de una línea sin que la palabra estuviera completa, en vez de continuarla en la línea siguiente, escribía arriba o abajo de las primeras sílabas, las que le faltaban para terminar la dicción. Tampoco usaba de ortografía, pues era de la opinión de aquellos que aseguran que debe escribirse como se pronuncia. (1) Olvidaba las sílabas, ponía "simus" por "sumus,"

---

(1) *Ortographiam, id est formulam rationemque scribendi a grammaticis institutam, non adeo custodit, sed videtur eorum sequi potius opinionem qui perinde scribendum ac loquimur existimant.* (Suetonio, . . . . . XXXVIII).

"domus" por "domas," lo que no impidió que destituyera un personaje consular como ignorante y grosero porque había escrito "ixi" por "ipsi."

Se observa no sin alguna admiración, que Augusto no habla a Tiberio más que de cosas frívolas, de placeres seniles, de su salud y de su ternura. ¿Era debilidad, prudencia o incuria? Ni una palabra de negocios; ni un consejo; parecía tan indiferente a lo que pasaba sobre el Rhin o sobre el Elba, como quería que Tiberio estuviese ignorante de lo que pasaba en Roma. Verdad es, que Augusto amaba mucho la tranquilidad, que era incapaz de sostener una fatiga por delicadeza de constitución, y de conducir los ejércitos por insuficiencia de genio, que cifra su gloria en cerrar el templo de Jano, aunque el imperio no hubiese sido más que una serie de guerras renovadas sin cesar; que no había expediciones desde que tenía treinta y nueve años, habiendo caído enfermo la víspera de atacar a los Cántabros, permaneciendo sobre las armas todos sus generales, y que, en una palabra, era el héroe de la paz; pero a lo menos tenía el buen sentido de no enviar planes a sus lugartenientes, de no embarazarles con órdenes, y contraórdenes, y de no echarla de estratégico a distancia y por apoderados. Encontraba más dulce y menos comprometedor contar sus pérdidas en el juego, sus proezas en la pelota, su constancia en pescar con caña, sus partidos de dados y aun de nueces con los niños, que lo recreaban por su lindo rostro y charla infantil, prefiriendo a los pequeños Sirics y Moros, a los que hacía buscar a cualquier precio.

He aquí el primer fragmento de una carta:

"He cenado, Tiberio mío, con las mismas personas: Vicinio y Silvio el padre, se unieron a mis convidados. Hemos jugado ayer y hoy, con una pasión de viejos. A cada golpe de dado, el que sacaba el perro (el as)

“o el seis, pagaba un dinero: el golpe de Venus pagaba “todo.”

Otro fragmento: “Hemos pasado, Tiberio mío (“mi “Tiberi”), con mucho placer las fiestas Quincuatrias. “Hemos jugado días enteros y calentado el foro aleatorio. Tu hermano daba fuertes gritos aunque al fin “perdió poco, reparando gradualmente sus fuertes pérdidas del principio. Yo perdí veinte mil sextercios, por “haber sido generoso hasta el exceso, porque habría ganado cincuenta mil, si me hubiera hecho pagar exactamente, o no hubiese dado a unos y otros; pero esto “vale más, porque mis bondades me elevarán hasta las “nubes.”

Una tercera carta contiene cumplimientos exagerados e irónicos: “Adiós dulcísimo Tiberio (“jucundissime”). Se feliz en tus empresas, tú que tanto eres mi “jefe, como el jefe de tus soldados, por mi fortuna eres “el más querido, el más valiente y el más sabio de mis “generales.”

“.. ¿Y tus cuarteles de estío? Creo Tiberio, que nadie se habría manejado como tú en medio de tantas “dificultades y con tropas tan indolentes. Los mismos “que te han acompañado confiesan que es necesario aplicarte este verso de Enio.”

“Unus homo “vigilando” restituit rem.”

Algunas veces habla de la salud: “No hay juicio, mi “querido Tiberio, q’ ayune más rigurosamente el día del “sábado, como lo he hecho yo hoy, pues hasta después “de la primera hora de la noche y en el baño he tomado dos bocados (“duas buceas”), antes de que me “perfumaran.”

Pero emplea los giros más hiperbólicos para hablar de la salud de Tiberio: “Cuando se me presenta un “gocio que exija la atención, o cuando tengo un disgus

“to, echo de menos a mi Tiberio y pienso en estos versos de Homero:

“Con semejante compañero saldríamos ilesos  
“Hasta de una hoguera, gracias a su prudencia.”

“Si llega a mi noticia que te debilitas por el exceso “de trabajo, que los dioses me condenen si no se estre- “mece todo mi cuerpo, Cuidate, te lo suplico, yo y tu “madre entregaríamos el alma, y el pueblo romano tem- “blaría por la salud del imperio. Mi salud es nada, la “tuya es la importante, Ruego a los dioses te conser- “ven para nosotros, y que si aman al pueblo romano, “velen sobre ti, ahora y siempre.”

Ya sabéis, señores, cómo escucharon los dioses esos votos y cómo amaron al pueblo romano; pero, no es cierto que cualquiera se engaña, por la ironía afectuosa y la candorosa sencillez de esas cartas? Diríase que son de dos honrados corazones unidos desde la infancia por la amistad más tierna, y es preciso hacer un esfuerzo, para concebir que fué el terrible Augusto el que así hablaba al terrible Tiberio. Eran dos admirables actores, dos grandes hipócritas que tenían necesidad el uno del otro. Cada vez que leo los pequeños fragmentos que he citado, me recuerdan, a pesar de la gravedad de los personajes, una comedia alemana de Kotzebue, intitulada “Las farsas de un paje (Pangestreiche)” Un gentil hombre que tiene miedo a los aparecidos, pasa la noche en su sillón después de haber persuadido a un criado que se llama Stiefel, que debe velar con él, en otro sillón al lado de la chimenea; pero el criado se duerme a cada paso, y cada vez que un crujido de la madera asusta al gentil-hombre, tiende su bastón y deja caer afectuosamente el pesado puño de oro, sobre el dormido: “Stiefel, mi buen Stiefel, mi querido Stiefel.” De la misma manera, Augusto, que no tiene más que al hijo de Li

via, para ayudarle a sostener el peso del imperio, bajo el cual vacilan sus envejecidas manos, le dice: "Tiberio mío, mi dulce Tiberio, mi queridísimo Tiberio" ("ju cundissime Tiberi").

Pero al lado de tales cumplidos se encuentran los golpes rudos, y los hechos desmienten las dulces palabras del Emperador. Primero, si le hizo tan señalados servicios (y esta es la verdad), ¿por qué no le mencionó en su testamento político, que es la historia de su reinado? Sobre la inscripción de Ancyra, no se nombra a Tiberio más que una sola vez, y esto a propósito del ridículo viaje que hizo para restablecer a Tigranes sobre el trono de Armenia, cuando sólo él se había restablecido: Augusto cuida entonces de citar a Tiberio, pero no le menciona cuando se trata de la derrota de los Germanos, o de la conquista de la Ilyria hasta el Danubio, o de la sumisión de los Panonios. Cuando Augusto escribió este memorable relato de su reinado, tenía 76 años y su tardío cariño para Tiberio debió haber llegado al paroxismo.

Segundo, si Tiberio era tan caro a Augusto, ¿por qué criticaba su conversación, su estilo, sus expansiones antecuidadas y oscuras ("exoletas reconditasque voces"? ¿por qué desde que le veía entrar cambiaba de conversación? ¿por qué si platicaba alegremente mudaba de tono y arrojaba de sí toda la alegría? ¿por qué cuando hablaba de él al pueblo o al Senado, no dejaba de mencionar nunca su rostro duro, su silencio moroso, su ademán altivo? "No le quería mal, repetía, éstos son de efectos naturales y no intencionales" ¿Por qué Livia, confidente de los pensamientos más secretos de su marido, proclamaba más tarde, que para hacer llegar a su hijo al imperio, había tenido que vencer la obstinada resistencia y la mala voluntad de Augusto? ¿por qué cuando se suscitaba una discusión entre ella y Tiberio Emperador, buscaba desde luego las cartas de Augusto

en que criticaba amargamente el odioso carácter de Tiberio? ¿por qué se creía mortalmente ofendido, él, que más que otra persona conocía el juego de Augusto, y temía siempre, que su madre mostrase sus tablillas ("tabellae") y destruyese el prestigio de las tiernas cartas que había hecho guardar en la Biblioteca del Palatino?

Dos palabras solamente que nos ha conservado la historia, arrojan vivísima luz sobre los verdaderos sentimientos del amo. Quejándose con Livia, criticaba la aspereza e "intolerancia" de Tiberio ("acerbitatem et intolerantiam.") La palabra latina "acerbitas," manifiesta la sensación desagradable que causa una fruta que no está madura, es exactamente lo contrario de "jucundus," que designa lo que es agradable al gusto, una fruta madura y sabrosa por ejemplo. De manera que cuando Augusto encontraba a su hijo adoptivo tan desagradable como una fruta verde, al compararle en su correspondencia a una deliciosa, "jucundissime Tiberi," o mentía con toda impudencia o se burlaba de él.

Tiberio sabía lo que debía creer, y sosteniendo su papel nutría en el fondo del corazón, el resentimiento mejor contenido. Ante todo estaba su celo, y pretextaba los peligros del imperio para permanecer el mayor tiempo posible lejos de su buen padre. De diez años pasó ocho en el ejército guardando las fronteras y conciliándose el afecto de los soldados por su asiduidad y sus cuidados. En vano Augusto y Livia le llamaban, multiplicaba los pretextos para permanecer en las fronteras del imperio, lejos del yugo, lejos de ojos perspicaces, lejos de humillaciones públicas y secretas. En su deseo de permanecer lejos de Roma, se dejó sorprender por la muerte de Augusto, falta que le habría hecho perder el imperio sin la energía y audacia de Livia.

Apenas fué Tiberio Emperador, no quiso volver a entrar en la habitación de Augusto, al que sólo recor-

de un daba modo muy amargo. Avaro y enemigo de construcciones mandó hacer otra casa en el ángulo o puesto del Palatino, con objeto de no habitar la misma casa que su padre adoptivo. Los honores divinos que permitió se le tributaran, fundaban la tradición imperial, consagraban al sucesor y arrojaban sobre él un favorable reflejo, por lo mismo no se opuso a ellos; pero todo lo que más tarde le recordaba a Augusto, le era inoportuno e intolerable. Nada le hería más en los actos oficiales que oirse llamar "hijo de Augusto," y Livia conociendo esta aversión se servía del nombre de Augusto, como de un látigo para hacer saltar y retroceder el alma ingrata y cobarde de su hijo,

Por último, mientras que Roma, Livia, el senado, las colonias, las ciudades griegas y las provincias más remotas del imperio, levantaron templos al nuevo dios, Tiberio se vió "obligado" también a declarar que elevaría otro: comenzó la construcción; pero fué tal el ardor de su gratitud y su piedad, que veintitres años después, el templo no solo no estaba concluído sino que fué vergonzosamente abandonado, en un estado de ruina precoz.

Ya comprendéis, señores, con qué impaciencia cubría la obediencia pasiva, y cuánto odio ocultaba el respeto oficial: comprendéis también cuán comprimida estaba el alma de Tiberio y cuál era su estado al subir al trono. Su fuerza material se había aumentado, la moral destrozado; desplegó una gran actividad exterior, interiormente abnegó su libertad, su voluntad y su pensamiento, fué un ser pasivo. Tuvo para con Augusto la fidelidad del perro, del esclavo mentiroso, del autómatá movido por la mano de su poseedor. Livia nada hizo para levantarlo y sostenerlo contra la presión de Augusto, quizás agravó su situación, sabiendo desde antes que el instrumento flexible para su marido, sería más dócil en su mano. De la misma manera que el

cuerpo de un niño quebrantado por fuertes convulsiones, no sana jamás y queda sujeto a temblores epilépticos, el terror profundo que dobló el alma del desterrado de Rodas, no le permitió nunca elevarse. Si Augusto hubiera reinado cien años, cien años habría mostrado Tiberio la misma bajeza: el miedo es la última palabra de esa tragi comedia que hemos procurado penetrar, como es igualmente la última palabra del estudio psicológico de Tiberio. El miedo lo domina todo, hasta la ambición, y no olvidéis, al contemplar los últimos años de Tiberio, que si el miedo hace esclavos, forma también tiranos.